

NUEVA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN

LAVÍN CERDA EN LA POESÍA Y LA COMEDIA

Por Héctor Carreto

Haga usted el favor de tomar asiento, querida señora. Estimado caballero, desabróchese el sobretodo y cuelgue el bombín. Favor de guardar silencio. No tengan miedo a que se apaguen las luces sobre las butacas y se enciendan las del escenario, o —lo que es lo mismo— prenda la luz de su lámpara y abra cuidadosamente las páginas de esta *Nueva teoría de la evolución*, de Hernán Lavín Cerda. Frente a ese espectáculo, usted podrá sentir el embrujo de la excitación, del asombro —eso depende de su capacidad de inocencia— o, si se trata de un académico convencional o de una señorita de la caridad, seguramente quedarán profundamente irritados.

El gesto de la quinceañera soñadora se cubrirá con el velo negro de la decepción al no encontrar en estos versos el suspiro de las flores que se abren con el toque de un beso.

Nada de eso en este volumen. Ya lo señalé: esta poesía es para un lector sin prejuicios, con la inocencia de quien ve por primera vez el mundo; la sorpresa de quien observa cada cosa como si fuese nueva, recién inventada, sin pre-texto. No recrea; más bien crea una naturaleza paralela. En 1914, Vicente Huidobro siente la necesidad de fundar una creación absoluta y escribe en su Manifiesto: "Hemos cantado a la naturaleza (cosa que a ella bien poco le importa). Nunca hemos creado realidades propias, como ella lo hace o lo hizo en los tiempos pasados, cuando era joven y llena de impulsos creadores".

Del mismo modo, Lavín Cerda realiza la puesta en escena de una comedia que produce una sonrisa entre infantil y macabra; creación de un espacio donde las asociaciones no son las que comúnmente conocemos. El poeta inventa causa y efecto. Descubre, una y otra vez. Inventa una geografía propia, un Nueva York diferente, sin las cargas mo-

ralizantes de Federico García Lorca, Rafael Alberti, etcétera. En el Nueva York de Lavín Cerda encontramos lo absurdo como algo festivo, el goce de lo inesperado en cada esquina, en el rincón de la *Catedral de los demonios*, en *Una noche en Times Square*, en el ombligo del zoológico o en las entrañas de la ciudad, donde *La lombriz solitaria es el gusano del subway iluminándose/ a sí mismo*. Lugares en los que desde el *rabillo del ojo de la medida o la desmesura*, podemos espiar cómo *El extranjero se convierte, cada treinta minutos, en el chivo expiatorio de una aguja hipodérmica*, o cómo los elefantes *se arrastran y solamente disfrutan la paz del cementerio*, o cómo *Elizabeth se desnuda en el sótano del Aberdeen Hotel*.

Habría que preguntarse: ¿imita el Nueva York de Lavín Cerda al geográfico, situado al norte del continente? O acaso es al revés: ¿imita aquella ciudad al Nueva York de don Hernán? La respuesta tendrá que ser la siguiente: son dos ciudades distintas, con afortunadas afinidades.

Y habrá que escuchar el ritmo, un ritmo que combina el galope con el trote, la repetición con pequeñas variantes, como sucede en el baile, en la gambeta futbolística o en la danza de los pugilistas; el poeta expulsa de su saxofón una música de jazz, que *por su movimiento vibratorio, transmite luz y otras formas de energía profundamente ambiguas*.

Seguramente el lector-espectador-auditor estará pensando que a esta al-

tura del discurso soy un merolico al que nadie entiende, pero en realidad no tengo la intención de lavar cerebros; no trato de convencerlo a usted, paciente escucha, de que disfrute esta poética, ni que arrulle a sus niños cantándoles *La coronilla del enano* o *La lombriz solitaria*. Sólo quería abundar un poco acerca de la metafísica de esta fábula, donde *Lo real es una cosa irreal por encima/ o por debajo de los árboles*. Lavín Cerda incuba y da a luz un caballo que no es el mismo que vemos en los westerns ni en los hipódromos, sino que es un caballo que piensa y es tan antiguo como el demonio: *blasfemo el caballo de alma crítica*, de sabiduría oculta, *de simulada perfección geométrica*, narcisista, de sangre fría, caballo con máscara de gesto permanente.

Por último, un caballo lingüístico que se explica por sí mismo, por una teoría diferente que corresponde a otra teoría de la evolución, a otro tipo de realidad: la realidad de la poesía. ♦

Hernán Lavín Cerda, *Nueva teoría de la evolución*, México, Dirección General de Difusión Cultural, UNAM, Colección Textos de Humanidades, 1985, 156 pp.

IMAGEN DE TLÁLOC

DUALISMO TRIÁDICO, EL ROSTRO DEL DIOS

Por María Andueza

El libro más polémico del pasado año, en México, fue sin duda *Imagen de Tláloc* (publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, 1986), de Rubén Bonifaz Nuño, gran poeta mexicano, latinista, y, al presente también, crítico del arte prehispánico que con su ensayo abre nuevos caminos para la comprensión de las esculturas mexicas y, por ende, del espíritu de quienes las crearon.

Las piedras aztecas

Los aztecas dejaron esculpidas en la piedra el sentido de su vida, cultura, arte e historia. Rubén Bonifaz Nuño trata de re-

